

EL PARQUE CENTRAL DE LA HABANA, CON LA ESTATUA DE JOSÉ MARTÍ

HOMBRES EMINENTES DE CUBA

LOS primeros hombres notables de Cuba tuvieron que dedicar todas sus fuerzas al problema interior. Todas las manifestaciones de su capacidad tuvieron que converger a un solo punto: la situación política, intolerable, del país.

Los que vinieron después y existen aún, apenas empiezan a ser originales.

Deliberadamente aquéllos se dedicaron a batallar; insensiblemente éstos tienen que ir (en términos generales) acopiando todavía elementos, para luego, con surtido, orientaciones y propósitos, ir destacando su personalidad, determinar escuela, si bien hay ya la tendencia.

Nutridos hasta ayer, mentalmente, nuestros hombres, con la ciencia, el arte y la literatura de segunda mano que les daba la Colonia, con una preceptiva clásica que imponía por modelos forzosos, e inatacables, autores que escribieron cuando el habla española tenía una estructura diferente a la actual, con grandes remanentes todavía del «romance», se tenía inconscientemente el servilismo de pluma, el formalismo filosófico, la rutina científica, la pobreza artística, mientras se protestaba contra la tiranía del acero.

Indirectamente, a salto de caballo, se copiaba la literatura francesa, al través casi siempre de la traducción española, que más que traducción era españolización.

Hoy se lee más, se ensancha el círculo, se conocen las manifestaciones politécnicas de Francia, Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos, etc.

Antes no podía ser muy notado al Exterior un cubano eminente, porque sólo podía ser un creyente que se arrojaba entre las ruedas del carro; ahora no puede serlo tampoco, porque se está nutriendo. Al presente asoman las originalidades.

Rodeados de aquellas vallas, y en esta gestación los cubanos, sin embargo, más de uno ha ocupado puesto prominente, no ya en los fastos de su país, sino en la consideración del mundo civilizado.

Francia, Inglaterra y los Estados Unidos no sólo admiraron sino que tuvieron en cuenta los notabilísimos trabajos de Don José Antonio Saco; los naturalistas extranjeros conocen y siguen a Don Felipe Poey; en todas partes obtuvo una admiradora simpatía el general Antonio Maceo: la Cámara Italiana le

dedicó un homenaje a su muerte, si bien es creíble que más se recompensaba su valor y su dignidad que sus conocimientos tácticos; los libros de literatura preceptiva españoles citan a Don José María Heredia como un gran lírico: en Francia se le conoce generalmente, y en los Estados Unidos abundan las traducciones de su obra capital, « El Niágara ».

La capacidad intelectual de los cubanos tiene su mejor exponente en los hombres que ha producido el país, que dentro de la pobreza del medio han sobresalido por su cultura y por sus ideas.

En no lejano porvenir Cuba dará hombres extraordinarios, a poco que, encauzada en la vida del gobierno propio, la estabilidad de sus instituciones y la seguridad de la defensa económica les permita dedicarse a « las artes liberales de la paz ».

Así parecen augurarlo la gran proporción que va tomando la enseñanza; la adopción de procedimientos científicos en todos los ramos; la libertad endógena de pensamiento que, hasta ahora teoría, va en vías de hecho; la profusión de la prensa periódica; la producción anual de libros; las especialidades profesionales...

Vamos a reseñar a continuación, brevemente, la biografía de algunos cubanos distinguidos.

CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES

Fué el jefe del primer levantamiento formal habido en Cuba (1868) para obtener su independencia, movimiento que inició la llamada « guerra de los diez años ».

Había nacido Carlos Manuel de Céspedes en Bayamo, provincia de Oriente, el 18 de Abril de 1819. Hijo de personas acomodadas, marchó a Madrid, España, donde terminó sus estudios de abogado, aunque había recibido la instrucción primaria en el convento de Santo Domingo de su pueblo natal, y estudiado el bachillerato en la Habana (1838).

El medio en que se educara no ejerció en él más influencia que ayudarle a formar lo que su inteligencia y su espíritu ya le daban por sí solos: una alta liberalidad, un concepto altruista de los derechos del hombre y una firme convicción de los de su patria.

Como durante su permanencia en España había conspirado con el general Prim, asesinado más tarde en aquella metrópoli, volvió a Cuba vigilado y luego perseguido.

No era posible que él se sustrajese al movimiento general que se efectuaba en Cúba para un levantamiento en armas que produjese la independencia, y así figuró en las conspiraciones de Narciso López y de Pintó.

Celebrándose, el 4 de Agosto de 1868, una junta de delegados revolucionarios en Camagüey, Céspedes asistió y tomó parte en los debates, mientras se discutía la fecha en que debía hacerse el alzamiento simultáneo. Se propuso el 3 de Septiembre inmediato; y acabaron por convenir que fuera a principios del año 1869. El gobierno español estaba en el secreto, y la junta acordó de nuevo, el 7 de Octubre, que el levantamiento fuese el 14.

Carlos Manuel de Céspedes se anticipó; había orden de prisión contra él, y el 10 de Octubre de 1868, en la madrugada, y en el ingenio *La Demajagua*, proclamó la independencia de Cuba, al frente de unos pocos hombres, la mayoría negros esclavos, a quienes dió la libertad a las doce de ese mismo día, en la hacienda *Palmas Altas*.

Esta liberación espontánea de sus esclavos, era la segunda que se hacía, en grupo, en Cuba. Antes lo había hecho Joaquín de Agüero.

El general Céspedes brilló en las armas. El mismo día de su arrojado alzamiento, tomó el poblado de Yara, que tuvo que abandonar después. Diez días más tarde, el 20 de Octubre, a los tres de sitio, se le rindió Bayamo, gobernada por el coronel español Urdaneta. Los habitantes de Bayamo, noticiosos de que el militar español Valmaseda venía sobre la ciudad, resolvieron incendiarla, lo que realizaron, a la manera de aquellas ciudades legendarias.

Cuando Valmaseda llegó, sólo encontró ruinas.

Asumió Céspedes en Oriente (1868) la jefatura del gobierno provisional, con el título de Capitán General; constituyó autoridades cubanas en los pueblos que conquistara al enemigo, y expidió, entre otros, el decreto de la abolición de la esclavitud (27 de Diciembre de 1868).

Poco después una junta de jefes y oficiales le confirió la jefatura del ejército libertador.

La Cámara de Representantes eligió a Céspedes Presidente de la República, de cuya dignidad tomó posesión el 12 de Abril de 1869.

Las rivalidades y diferencias entre jefes y regiones, que dieron al traste con la revolución de 1868, lo hicieron su primera víctima. La Cámara, reunida en el Bijagual el 27 de Octubre de 1873, lo destituyó. El acuerdo fué de injusto apasionamiento, y después de apasionado, impolítico. El quebrantamiento se dejó sentir, y desde entonces las rencillas se multiplicaron, siendo a cada paso la jefatura juguete de la inconsecuencia y la imprevisión.

Tan marcada fué la enemiga contra el general Céspedes, que se le negó un pasaporte para salir de la Isla.

En aquella situación fué cuando más se reveló su temple de espíritu. Ni aquella ruda prueba le hizo vacilar un instante. Lejos de entregarse a la ira o la desesperación, y huir o presentarse a los españoles, decidió internarse en el monte y allí esperar los acontecimientos.

No hizo como Coriolano, ni como Arnold, ni como Dumouriez, sino que, resignado, por la Patria, se retiró a la finca *San Lorenzo*, situada en las faldas del Pico Turquino, en la Sierra Maestra, provincia de Oriente.

Dice la tradición popular que en aquel retiro se dedicó a enseñar unos niños de la vecindad, y que entretenido en esa tarea estaba el 27 de Febrero de 1874, cuando, sin duda por delación, fué sorprendido por las tropas españolas. Asegura una versión que, al verse rodeado de soldados, se hizo un disparo de revólver que le dejó sin vida. Personas más autorizadas afirman que fué muerto por los soldados.

La conducta de Carlos Manuel de Céspedes es tanto más digna de admiración, cuanto que rechazó ofrecimientos que se le habían hecho para recuperar la Presidencia.

De cualquier manera que sea, nada hay que en la posteridad le quite el nombre de « Padre de la Patria », que si no fué como Jorge Wáshington el « primero en la guerra y el primero en la paz », sí es, como aquél, « el primero en el corazón de sus conciudadanos ».

CALIXTO GARCÍA

Calixto García Íñiguez nació en Holguín, Oriente, el año 1839. Veintinueve años de edad tenía cuando en Octubre de 1868, apenas empezada la guerra de los diez años, se lanzó a la revolución con Donato Mármol.

Era hombre de genio militar por naturaleza, tenía un carácter austero y un gran valor, y así pronto alcanzó notables victorias y altos grados.

Peleando a las órdenes del general Máximo Gómez era ya brigadier, sustituyéndole como Jefe de Oriente, y tomó parte en los ataques a los poblados de Santa Rita y Baire. En Septiembre de 1871 atacó a Jiguaní, y en Octubre de 1872 a Guisa y Holguín.

Como el general Gómez pasara a Camagüey, para burlar al siguiente año la trocha Júcaro-Morón, Calixto García quedó en Oriente al mando de las fuerzas de aquella región. Por esta causa tuvo la revolución en aquel período una era de actividad en Camagüey y Santiago de Cuba. Mientras Máximo Gómez, en el potrero *Naranjo*, cerca de Najasa, acompañado de Antonio Maceo con algunas tropas de Oriente, y Julio Sanguily con su fulminante caballería, derrotaba a más de 2.000 españoles, hasta desesperarlos en Mojacasabe; mientras el mismo general, en el mismo año, 1874, combatía en Jimaguayú y batallaba en las Guásimas, de imperecedero recuerdo en los anales de los triunfos del ejército cubano; también el

general Calixto García peleaba como un león, anotándose señaladas victorias en Santa María (25 de Septiembre de 1873), en Holguín, donde hizo 500 muertos y 87 prisioneros a una fuerte columna española; en Chaparra (día 27), donde rechazó con éxito un ataque del coronel Esponda, y en la *Zanja*, fuerte enemigo que tomó sin un disparo—tal era ya el nombre de que estaba precedido. El día 10 de Noviembre del mismo año dió uno de sus golpes predilectos, en los que demostraba, junto a un gran valor y mucha sangre fría, su estrategia innata y su previsión: atacó y tomó a Manzanillo, defendido el pueblo por dos fuertes y nueve torreones. Al frente de 1.400 hombres, divididos en seis columnas, rindiéndole los honores militares la guarnición española, entró Calixto García en Manzanillo. El mismo año atacaba los pueblos de Corralito y Yabazón. En Ojo de Agua de los Melones tropezó de nuevo con la columna de Esponda, que había batido en Chaparra, y rompió el fuego, que mantuvo por cuatro horas, en un espacio de tres leguas, avanzando, retirándose el enemigo con más de cien bajas.

El 3 de Septiembre de 1874 (seis años hacía que luchaba con gran gloria) estaba con sólo veinte hombres de su escolta en el potrero *San Antonio de Baja*, cuando fué sorprendido por la guerrilla española que mandaba Ariza. Iniciados los primeros tiros y ya próximo a caer prisionero, comprendió que la desigualdad de fuerzas iba a culminar en su captura, y prefirió morir a rendirse o a servir de trofeo al enemigo. La última bala de su revólver le sirvió para alojársela debajo de la barba, cayendo tinto en sangre y sin conocimiento. El proyectil, entrando por el suelo de la boca, le salió por la frente; pero le respetó la vida. Si no había logrado evadir su prisión, la había lavado con su sangre.

Cayó prisionero y fué conducido al hospital militar de Santiago de Cuba, donde se le dispensaron humanas atenciones; y el general español José Gutiérrez de la Concha, que, por entonces. gobernaba la Isla, le envió preso a España, condición en que le guardaron hasta la paz del Zanjón.

Abandonando más tarde a España, y siempre inspirado en su amor a Cuba, concurrió a la *guerra chiquita*, desembarcando en el Aserradero, cerca de Santiago de Cuba, con diez y nueve expedicionarios; pero algo más adelante se vió obligado a capitular en unión de José Maceo, Rabí, Moncada, Grave de Peralta y otros.

Volvió Calixto García a España, y parecía resuelto a permanecer en ella, donde se había creado una situación cómoda, gracias a su caballerosidad, a su talento, y al merecido renombre que allá tenía, cuando estalló la tercera y definitiva guerra en Cuba.

Esta guerra empezó el 24 de Febrero de 1895, y ya había comenzado el año 1896 sin que Calixto García secundase, aparentemente, el poderoso movimiento. Lo delicado de su posición en la Metrópoli, la suspicacia de que era objeto y la vigilancia a que estaba sometido, le obligaron a esperar la ocasión de volver a Cuba.

Por fin, el 24 de Marzo de 1896, se ofreció otra vez al acaso de la muerte por la Patria: llegó a Mayarí, por Baracoa, al mando de una importante expedición.

Si la revolución recibía un gran auxilio con los pertrechos que la expedición traía, lo recibió mayor con la persona, los prestigios, la pericia y la actividad de Calixto García.

Su presencia en los campos de la guerra se hizo sentir inmediatamente, distinguiéndose siempre en el ataque y toma de poblaciones. Así, sitió y tomó a Guáimaro el 28 de Octubre de 1896. Lo mismo hizo en 1897 en Bayamo y en Jiguaní. El 28 de Agosto comenzó el sitio de las Tunas, que tomó el día 30. Dos meses más tarde, el 30 de Noviembre, tomaba a Guisa.

El 10 de Octubre de 1897 fué electo lugarteniente general, por la Asamblea de Representantes, en la Yaya, designación tan acertada como merecida, que reanimó los espíritus y devolvió la con-

fianza a los cubanos, afligidos desde la muerte del general Maceo, acaecida a fines del año anterior.

Daba jaque a las tropas españolas, mantenía la actividad en Oriente e iba a poner en práctica sus amplios planes de ataque y toma de poblaciones, cuando se complicó la guerra con la ingerencia de los Estados Unidos, con motivo de la voladura del *Maine* en el puerto de la Habana (15 de Febrero de 1898).

El general Shafter, jefe del ejército americano de ocupación, y el almirante Sampson, de la escuadra, desembarcando por el Aserradero, se pusieron de acuerdo con Calixto García.

Fué un poderoso auxiliar, por no decir indispensable, de las fuerzas de tierra norteamericanas. Es indudable que, unido a los españoles, hubiese dificultado, por lo menos en tiempo, las operaciones de Shafter; pero el caudillo cubano no podía ser traidor a sus principios, ni enemigo de su Patria.

Hecha la capitulación de Santiago, en la que el general español Toral, con 22.000 hombres, veteranos, bien municionados, se rindió a otros 22.000, surgieron diferencias entre los aliados, y Calixto García dimitió. Su pundonor se rebelaba contra toda tiranía.

La Asamblea de Santa Cruz del Sur, en Camagüey, se reunió, libre ya Cuba del poder secular de España, bajo la presidencia del general García, el 24 de Octubre de 1898. De allí salió formando comisión, para Wáshington, donde, con gran dolor de los cubanos, murió el 11 de Diciembre de aquel año.

A su muerte se enlutaron las casas en toda la Isla, y en algunas poblaciones las tropas españolas, preparándose ya para evacuar el país, provocaron sangrientos conflictos, profanando las colgaduras negras.

Era Calixto García un hombre indomable, severo en el deber, y un gran patricio.

JOSÉ MARTÍ

José Martí fué uno de esos predestinados que al través de los siglos aparecen ocasionalmente en el mundo para conmoverlo en pro de un ideal de justicia y de una vindicta humana.

Ninguno de los tipos universales de apóstoles de un pueblo tuvo su universalidad de modos; él era como todos, y ninguno se completaba como él. Todas las causas han tenido hombres; él los compendiaba en honor de la suya.

Era organizador, economista, filósofo, poeta, historiador, literato, tribuno, político, misionero, peregrino... todo lo que se necesitaba ser para un país desconcertado, pobre, escéptico, desengañado, analfabeto, sordo, tibio y errante.

Porque aunaba todas las cualidades, fué el resorte mágico que hizo saltar los corazones, y «de abajo para arriba» estalló el incendio purificador.

Nació Martí en la Habana el 28 de Enero de 1853. Por sus manifestaciones y por sus escritos reveladores de su ideal político, fué puesto en prisión y desterrado, cuando apenas contaba diez y seis años de edad, en 1869.

Era por los días en que el gobierno español, irritado por los progresos que hacía la revolución iniciada en Yara el año anterior, extremaba el rigor contra los sospechosos de *desafectos*.

Más tarde pasó a Méjico y Guatemala, donde desempeñó una cátedra de Literatura. Adolescente aun, su instrucción era notable.

Vuelto a la Habana en virtud del Pacto del Zanjón, pronto se hizo sospechoso al Gobierno, que en 1879 le desterró de nuevo. Contaba entonces veintiséis años. Sus discursos de aquella época eran ya un feliz presagio de lo que alcanzaría su verbo fecundo, cálido y seductor.

En el Liceo de Regla, en Guanabacoa, en la Habana, los cubanos le oyeron, entre temerosos y entusiastas, pintar el cuadro de los dolores y las esperanzas nacionales.

Los españoles le enviaron en calidad de preso a España, y de allí se fugó, pasando en definitiva a los Estados Unidos, donde empezó, sostuvo, organizó y llevó a cabo su plan revolucionario.

Su primer propósito fué unificar las

agrupaciones de emigrados cubanos, para lo que redactó unas bases, que fueron aprobadas, y quedó fundado el Partido Revolucionario Cubano.

Ya era fundador; ahora necesitaba ser misionero, y partió para la Florida, Santo Domingo, Costa Rica, dondequiera que hubiese un cubano a quien comunicar el fuego sagrado.

Sus trabajos se extendieron hasta Cuba misma, donde se formaron clubs revolucionarios, en correspondencia con los del Exterior.

Todo bien combinado por aquella inteligencia superior—que se atraía las voluntades, que no hacía caso de las invectivas, y que iba a su objeto: la independencia de Cuba,—tenía, a fines de 1894, un vasto plan de invasión de la Isla, y de levantamientos simultáneos. El fracaso de esta primera tentativa no desanimó a Martí, aunque se perdían la oportunidad y los grandes sacrificios de los emigrados que, imponiéndose la obligación de contribuir semanalmente con un tanto por ciento del dinero que con su trabajo ganaban, habían equipado una expedición en tres barcos, el *Amadís*, el *Baracoa* y el *Lagonda*, que apresaron las autoridades americanas. Por acuerdo con él se levantaron en armas los cubanos el 24 de Febrero de 1895.

El 25 de Marzo, un mes después, estaba con Máximo Gómez en Montecristi (República de Santo Domingo), donde redactó y dió al mundo un manifiesto expresivo del programa revolucionario.

A pesar de su apostolado y de lo diáfano de sus procedimientos, alguna parte de la prensa y, con ella, de la opinión, se expresaba de modo que obligaba a Martí a venir al campo de la guerra. Esa gestión era criminal de lesa patria, porque la obra de aquel grande hombre en el Exterior aun no estaba terminada, y es muy posible que de haber permanecido algún tiempo más en los Estados Unidos, hubiese logrado de ellos el anticipo de su intervención, o el reconocimiento de la beligerancia a favor de las fuerzas cubanas, ahorrándole así a Cuba grandes dolores, inmensas pérdidas y hasta la turbulencia de su porvenir político y la inmoralidad de su porvenir administrativo.

José Martí vino a la guerra, desembarcando, con Máximo Gómez, quien le acompañaba en una pequeña embarcación, en las Playitas, el 11 de Abril de 1895.

El 5 de Mayo siguiente, reunidos en la Mejorana, acordaron los jefes de la revolución el plan de campaña que había de seguirse, y quedó Martí nombrado jefe supremo.

Más tarde se entrevistó con el prestigioso jefe Bartolomé Masó, y a poco, cuando se disponía a volver a los Estados Unidos, en un combate empeñado por Máximo Gómez en Dos Ríos, cayó, muerto de bala, combatiendo, aquella gloriosa esperanza de la patria.

El cadáver de Martí fué recogido por las tropas españolas, que lo llevaron a Santiago de Cuba, donde le hicieron modestos, pero respetuosos funerales, gracias a la caballerosidad del jefe español Jiménez de Sandoval.

Cuando ya en toda la América resonaba el nombre de José Martí, los cubanos, excepto algunos emigrados, apenas le conocían.

Su producción literaria ha sido para muchos una sorpresa no finida todavía, porque cada vez se conoce alguna producción más, y ésta es un motivo de nueva admiración.

Sus discursos, de una elocuencia simbólica, tenían el don misterioso de levantar endulzando; sus versos emergían depurados: la pluma no hacía más que verterlos, y eran sencillos, sustanciales, dolidos... todo a la vez. Lo que más convence en él es la vastísima y ordenada erudición que revela.

Su patriotismo era de naturaleza: él no se lo hizo, sino que el patriotismo lo modeló a él. Probablemente sus prematuros dolores por la tierra de su nacimiento, las persecuciones de que fué objeto, el conocimiento y el espectáculo de la gran nación norteamericana, libre, cuyo esplendor le convencía, le hicieron el hombre perseverante y ardiente que la causa de Cuba necesitaba.

EL APÓSTOL DE LA INDEPENDENCIA CUBANA

JOSÉ MARTÍ

En un fragmento de carta suya, está retratado el sentimiento que a ese tenor le animaba:

« Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano al sacrificio. Quien piensa en sí no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes pone en el curso natural de los sucesos... Hagamos por sobre la mar, a sangre y cariño, lo que por el fondo hace la cordillera de fuego andino... »

Fué autor dramático, estadista, profesor, historiógrafo, poeta.

Y como dice el señor Miguel Ángel Carbonell en su obra *Hombres de nuestra América*, « en Cuba siempre tendrá un altar en cada corazón el Maestro, y la elocuencia, la erudición, el patriotismo, tienen ya un nuevo nombre entre nosotros: José Martí ».

EL DOCTOR TOMÁS ROMAY

Don Tomás Romay vino a la vida en la Habana el 24 de Diciembre de 1764, época en que todavía no estaba bien definida la división entre cubanos y españoles. Por el contrario, parecía haberse consolidado más el espíritu colonial, en aquellos años, en que, cesando la dominación inglesa, de nuevo Espa a poseedora de la Habana, debía apreciar los esfuerzos hechos por los cubanos en su defensa.

Pero el doctor Romay estaba llamado a ser, y lo fué, un gran patriota cubano, que abogó por los intereses de la Isla, que consiguió notables mejoras, en armonía con los tiempos en que vivió, y que a su muerte fué llorado por los hijos del país, ya existente manifiestamente la diferencia que el general Tacón (1834–1838) se cuidó de establecer.

Estudió en el Seminario y en la Universidad de la Habana, graduándose de doctor en Filosofía y en Medicina, en 1791, a los veinticinco años de edad. Seguidamente hizo oposición a dos cátedras, que ganó: una de Texto Aristotélico y otra de Medicina.

Cuando en 1790 se hizo cargo del gobierno de la Isla don Luis de las Casas, le llamó a su lado, junto con otros cubanos distinguidos, y fué para aquél un auxiliar valioso. Bajo la administración de las Casas—obra no sólo de este ilustre gobernante, sino también de los que le secundaron—se dió gran impulso a la agricultura, la industria y el comercio, se amplió y mejoró la instrucción, se sistematizó la beneficencia, y las poblaciones tomaron incremento.

Como economista y médico, publicó Romay obras como *El cultivo y la propagación de los colmenares en Cuba*, *Memoria sobre la fiebre amarilla*, de gran aceptación en España, *Introducción y progreso de la vacuna en la Isla de Cuba*, etc.

Contribuyó a fundar, con el Conde de Casa Montalvo, don Juan Manuel O'Farrill, don Francisco Basave y don Luis Peñalver, la Real Sociedad Económica de Amigos del País, que fué el centro de irradiación de todo progreso en Cuba, difundiendo la enseñanza, a la par que resolviendo problemas económicos y políticos. Sus *Memorias* son aún utilísimas, y le corresponde la gloria de haber fundado la primera biblioteca en la Isla.

Don Tomás Romay fué director del *Papel Periódico*, primero que se publicó en el país.

Cuando en 1804 llegó a la Habana el Dr. Balmis, comisionado por el rey de España Carlos IV para propagar en la América Española el virus antivarioloso, encontró que ya se aplicaba en la Isla por iniciativa de Romay, que lo había tomado de unos niños vacunados traídos de Puerto Rico por doña María de Bustamante; y no sólo esto, sino que ya aquél había publicado su escrito sobre la introducción de la vacuna.

De los cubanos ilustres contemporáneos suyos tal vez fué el menos avanzado en opinión adversa a la Colonia, a pesar de que vivió lo bastante para presenciar la política impolítica de

Tacón, con el destierro de José Antonio Saco, la supresión de la libertad de imprenta, y la restauración de la Comisión Militar, que era un tribunal de persecución a los hijos del país; así como la expulsión de los diputados cubanos, la causa de la *Cadena triangular y soles de la libertad*, el fusilamiento de *Plácido*, y la tendencia anexionista.

En 1820 por poco fué víctima de las acusaciones y de un alboroto habidos contra su persona. En todos los tiempos y en todos los países los hombres de mérito levantan en su torno malquerencias que tienen por origen la envidia de los que les son inferiores. Calumniado y befado indignamente, apostrofó a sus enemigos en un escrito titulado *Purga urbem*, que dió lugar a que muchos de ellos se lanzasen a las calles pidiendo su muerte.

Romay quedó ileso, y, más todavía, creció en el aprecio de sus conciudadanos, hasta su muerte, ocurrida en 1849, en el goce de todos sus honores, a los ochenta y cinco años de edad.

DON FRANCISCO DE ARANGO Y PARREÑO

Contemporáneo de Romay (nació un año después que éste, en 1765) y de Félix Varela (que nació en 1778), fué amigo, compañero y colaborador del primero; pero le fué superior en cultura, en obras y en actividad.

Se dedicó a la abogacía (más amante de la lucha que Romay, que prefirió la labor especulativa) y recibió la investidura de abogado en España en 1789, a los veinticuatro años de edad.

Como apoderado del Ayuntamiento de la Habana, en Madrid, empezó a darse a conocer, animado del patriotismo polemista de sus compatriotas contemporáneos que optaban por la evolución.

Pudiera decirse que los cubanos de sus días, acercados al gobierno colonial y no conformes con sus procedimientos, pero sin cruzar por su mente los planes que ya formaban otros cubanos en el extranjero (de separación), eran a la causa de Cuba lo que más tarde (1878–1895) fueron los autonomistas, si bien hay que hacer justas y honrosas distinciones.

Censuró Arango la administración colonial, abogó por la libertad de comercio, y defendió la agricultura, ayudando a fomentarla por cuantos medios estuvieron a su alcance. En su *Discurso sobre la agricultura de la Habana* trazó un plan completo de reformas y echó los cimientos de la prosperidad de Cuba.

Abogó por la libertad del comercio de esclavos, que fué concedida en 1789. La creencia de que sin la introducción de esclavos no prosperaba la agricultura, llevó a Arango y otros a procurar esta medida.

Por sus esfuerzos se creó más tarde (1795) el Real Consulado de Agricultura, del que fué síndico.

Introdujo en Cuba la caña de Otahití.

También había logrado obtener, en 1789, la libre introducción, en barcos españoles, de aperos de labranza y maquinaria para ingenios.

Al crearse en 1793 la Sociedad Económica de Amigos del País, o Sociedad Patriótica de la Habana, formó parte de ella.

Fué diputado a Cortes, Consejero de Indias y Superintendente General de Hacienda (1813–1814).

Pretendió, con el Capitán General don Salvador de Muro, Marqués de Someruelos (1799–1812), crear una junta para el manejo de los negocios públicos y la defensa del país en caso de invasión. Quizás aquí perseguía Arango una transición a la independencia, semejante a la operada en algunas de las colonias españolas de Sur América, aprovechando la crisis político-nacional de España, a la sazón. Este es el único rasgo posible, en cuanto se sabe, por el que demostrara Arango y Parreño ideas separatistas.

En 1818 obtuvo un nuevo triunfo con el decreto de Fernando VII (restituído a la monarquía española en Julio de 1814) sobre el comercio libre.

Como publicista fué fecundo. Sus obras más notables son: *La agricultura y medios de fomentarla; Proyecto de un viaje de investigación* (que realizó en

1793 el Marqués de Casa Montalvo) *por Inglaterra, Francia y sus colonias; Máximas económico-políticas sobre el comercio colonial; Observaciones sobre el Ensayo Político de la Isla de Cuba, por el Barón de Humboldt; Extracto del « Espíritu de las Leyes », de Montesquieu; Observaciones sobre el viaje de Anacarsis; Noticias útiles a nuestra agricultura y comercio*, etc.

Ejemplo de infatigable actividad, consiguió con su palabra y su acción reclamativa, demostrativa y práctica, lo que la espada no hubiera conseguido en su época. Puede decirse que lo por él logrado nadie podría haberlo dado a ningún otro, porque él lo creó.

El tiempo y el gran cambio político de Cuba han casi borrado su empresa: de ella sólo quedan sus obras literarias, desconocidas para una gran mayoría de la presente generación, y el edificio que en Güines existe, amenazado de ruina, como resto de los treinta mil pesos que donó a aquella villa para la fundación de una escuela.

Murió en 1837, contando ya setenta y dos años.

JOSÉ ANTONIO SACO

El primero de los cubanos ilustres, de los que ocupan puesto prominente en los fastos de la cultura latinoamericana, con resonancia fuera de su país y en Europa, el primero de esos cubanos en quien se vió una tendencia marcada a la liberación de su país de la mala administración colonial, fué José Antonio Saco.

Nació en Bayamo (Oriente) el 7 de Mayo de 1797, siendo Capitán General de la Isla don Juan de Bassecourt (1796–1799), entre el laborioso y feliz gobierno de don Luis de las Casas (antes) y el del Marqués de Someruelos (después). Creció, pues, en un ambiente de reforma y adelanto que influyó no poco en su espíritu.

Su educación secundaria la hizo en el Seminario de la Habana. Todavía después de la primera guerra de independencia, el seminario habanero era el colegio preferido, por donde pasaron los cubanos más notables en el mundo de la ciencia, la literatura y la historia.

Saco viajó por los Estados Unidos, y en 1828 dirigía en Nueva York el *Mensajero Quincenal*, en que trataba asuntos cubanos.

De regreso a Cuba en 1832, redactó la *Revista Bimestre*, en la que censuraba el comercio clandestino de esclavos, que, a pesar de la abolición de la trata (1820), convenida entre España e Inglaterra, seguía realizándose. La *Revista Bimestre Cubana* fué, al decir del laureado poeta español Quintana, « la primera publicación de su clase en los dominios españoles ».

Tales antecedentes, sus viajes, sus ideas, le hicieron persona no grata al general Tacón, quien, consecuente con su carácter despótico y su gobierno arbitrario, lo desterró en 1834. Había sustituído Saco al Padre Varela en su clase de Filosofía en el Seminario. Continuaba las teorías del sabio maestro contra el escolasticismo, y un día, en el momento en que explicaba su lección, recibió orden de salir de la Habana.

Algunos historiadores o biógrafos afirman que el motivo del destierro no fué que « la juventud siguiera con calor sus ideas », sino la contienda habida entre Saco, que defendía la Academia Cubana de Literatura, creada en 1833, y don Juan B. O'Gavan, que la atacaba.

De un modo o de otro, el caso es que fué desterrado a Trinidad.

Salió de esta isla, llegando a Madrid en Enero de 1835. Allí abrió una campaña contra el gobierno colonial, exponiendo la necesidad de las reformas que se pedían desde mucho tiempo antes.

Las elecciones de diputados a Cortes, en 1836, le hicieron salir triunfante en las urnas, en Santiago de Cuba, debiendo, pues, formar parte del Estamento de Procuradores y del Congreso de Diputados.

Con el pretexto, obra del general Tacón, de que Cuba y Puerto Rico debían regirse por leyes especiales (lo

que estableció de una vez la diferencia entre españoles y cubanos), fueron expulsados los diputados antillanos. La Isla no volvió a tener representación en las Cortes.

Desde entonces Saco, desengañado de que los medios representativos eran imposibles, y de que la colonia no obtendría las mejoras que de derecho reclamaba, se dedicó a viajar por Europa.

Como los cubanos empezaban a mirar a los Estados Unidos como un medio de salvación, escribió don Gaspar Betancourt Cisneros (*el Lugareño*) a José Antonio Saco, hallándose éste en París, para que pasase a Nueva York a dirigir el periódico anexionista *La Verdad*.

Su respuesta fué el folleto *Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos*, y, más tarde, la *Réplica a los anexionistas*.

El ilustre patricio no tuvo en cuenta que el objeto último de los anexionistas era sustraer a Cuba del poder de España.

Fué testigo de todo el movimiento político y armado de la Isla, hasta el Pacto del Zanjón.

Escribió dos folletos políticos titulados *La situación política de Cuba y su remedio* y *La cuestión de Cuba*.

Quiso fundar en 1861 un periódico que en Madrid defendiese los intereses cubanos, y fracasó en la empresa. Es célebre un artículo en que exponía la posibilidad de una colecta entre compatriotas acaudalados... la que no fué posible.

En 1866 fué nombrado representante en la Junta de Información, creada en 1865, ajustada al programa del partido reformista, cuyo vocero era el periódico *El Siglo*. Saco abogó en aquella corporación por las reformas para Cuba en lo social, económico y político, y por la abolición de la esclavitud.

En 1879 (a los ochenta y dos años de edad), cuando se preparaba para desempeñar el cargo de diputado a Cortes por Santiago de Cuba, le sorprendió la muerte en Barcelona.

Saco fué un gran preparador de la independencia de Cuba, quizás sin quererlo. Él y sus contemporáneos *filosofaron*; a la generación siguiente le tocó actuar.

Entre las obras de Saco, la que le ha dado la inmortalidad, es la *Historia de la Esclavitud*, no igualada todavía.

Saco ha sido nuestro primer publicista. Su magnífica pluma ilustró con lógica inflexible, y en todos sus aspectos, los problemas más interesantes para Cuba.

DON FELIPE POEY

En 1799, dos años después que José Antonio Saco y uno antes que José de la Luz Caballero, nació en la Habana don Felipe Poey. Digno de sus dos coetáneos, pareció que iba a ser como ellos, porque habiendo sido llevado a Francia en su niñez, al colegio de Pau, volvió a Cuba a completar sus estudios, en el Seminario de la Habana, y marchó después a España, donde se graduó de abogado.

Pero desistió de ejercer esta carrera. Sin duda el impulso que encontró se daba en Francia a las ciencias naturales, a pesar de la reacción revolucionaria, le aficionó desde su niñez a otros estudios. Buffón había vivido desde 1707 a 1788 (81 años), pero sus obras quedaron en boga por mucho tiempo. En Poey se advierte, sin duda, la minuciosidad y la galanura en la descripción, propias de aquel sabio, si bien es menos falso y artificioso.

Así, cuando en Madrid se sucedieron los acontecimientos políticos de principios del siglo XIX, volvió a Cuba, sin duda convencido de que la política no era su cuerda, y se dedicó al estudio de la historia natural.

Observador profundo, paciente, hábil preparador, hizo un estudio acabado de los peces cubanos, y pudo, en 1826, cuando volvió a Francia, llevar 85 ejemplares debidamente conservados, con 85 dibujos ilustrativos, todo hecho de su propia mano.

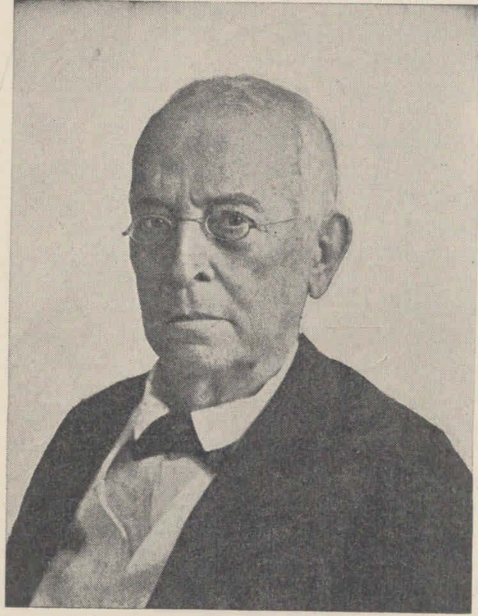
En París todavía, en 1832, publicó dos partes de su *Centuria de lepidópteros cubanos*.

Otra vez en la Habana, de donde ya no salió más, dió a la estampa, en 1836, una *Geografía de Cuba* y una *Mineralogía*.

En 1860 terminó sus *Memorias sobre la historia natural de Cuba*.

En 1865 publicó la *Sinopsis o catálogo razonado de los peces cubanos*.

Su obra monumental, la que le ha conquistado indiscutible gloria, es la *Ictiología Cubana*. Es una obra en diez tomos y un suplemento, expresión de los estudios más acabados que se han hecho sobre la materia.



DON FELIPE POEY

« Don Felipe » era un hombre de suma modestia. Su cultura era politécnica, universal. Poseía idiomas, hablando con toda corrección el francés. Artista de corazón y de ejecución, dibujaba perfectamente, hacía « lavados » con exquisito gusto y gran limpieza. Era a la vez un literato y un poeta, y hasta un buen modelista. De sus discípulos en la Universidad de la Habana, algunos viven todavía y recuerdan conmovidos su erudición y « sus cosas ». Más de una vez había colocado, para provocar el temor de sus alumnos, ejemplares por él modelados, en cera u otra sustancia plástica, de animales ponzoñosos, un arácnido, por ejemplo, en el fondo de su sombrero de copa, u otro lugar objeto de las travesuras de los estudiantes; la exactitud asombrosa del artefacto nunca dejó de producir su efecto.

Su nombre es universalmente conocido entre los hombres de ciencia. En Cuba no ha sido todavía honrada su memoria como lo merece.

Murió en 1891, sin ver a su patria libre, a los noventa y dos años de edad.

JOSÉ MARÍA HEREDIA

Don José María Heredia nació en Santiago de Cuba (Oriente) en 1803. De familia acomodada, tuvo la suerte de poder recibir una educación de lo más aventajada que entonces podía ser, aunque, desde luego, formalista y metafísica, a pesar de la labor de don Félix Varela, que dicen había acabado en Cuba con el silogismo aristotélico.

Le fué fácil dedicarse a sus aficiones, y, discípulo de sacerdotes, primero en Santiago y luego en la Habana, podía, a los ocho años, traducir a Horacio, a los diez hacer versos (incluso en el idioma de Cicerón) y a los quince optar con éxito por el bachillerato en Derecho.

Después se trasladó a Matanzas.

Hijo de español, sentía, no obstante, como patriota cubano. Le tocó vivir en aquel período revolucionario del mundo entero. Triunfante Napoleón después de haber triunfado la Revolución francesa; independientes o guerreando los pueblos sudamericanos; agitada y vacilante España; germinando en Cuba la idea libertaria; siguió la corriente forzosa, y figuró en la conspiración de « Los Rayos y Soles de Bolívar », denunciada al general Vives (1823). Apenas contaba entonces veinte años. Huyó a los Estados Unidos. En este país estaba, cuando, en 1825, precisamente el año en que el gobierno español daba plenos poderes al general Vives en Cuba, pasó a Méjico, solicitado por el general Guadalupe Victoria, presidente de aquella hermosa

República, y en su gobierno prestó inapreciables servicios administrativos en el desempeño de altos cargos.

La mayor parte de su producción literaria fué en Méjico. En los Estados Unidos apenas estuvo dos años, y a Cuba sólo volvió por dos meses, a la muerte de Fernando VII de España, ocurrida en 1833. Por esta época contaba Heredia treinta años. En Méjico murió, en la ciudad de Toluca, el año 1839, a los treinta y seis de edad.



JOSÉ MARÍA HEREDIA

Heredia fué un literato universal, que (sin duda por la circunstancia de haber pasado la segunda mitad de la existencia fuera de su país, precisamente en época en que se hacía su personalidad) se apartó del tipo del poeta cubano, en sus tendencias. Los poetas cubanos han sido siempre, hasta la última guerra de independencia, caracterizados por dos *leit-motivs*: el amor casto y melancólico, y el patriotismo quejumbroso y rebelde, sin que deje de haber buenos líricos. Pero Heredia puede decirse que fué el más lírico de todos, casi exclusivamente lírico. De aquí que su *Oda al Niágara* haya dado tono a esa personalidad.

El Niágara es su obra maestra, si bien su oda *Al Sol* es tan conceptuosa como aquélla; pero menos inspirada. *El Niágara,* sin duda, no es la joya impecable que los fanáticos quieren presentarnos, porque tiene defectos, acaso hijos de la inspiración; pero, de cualquier manera que sea, es un justo timbre de gloria para él y para Cuba.

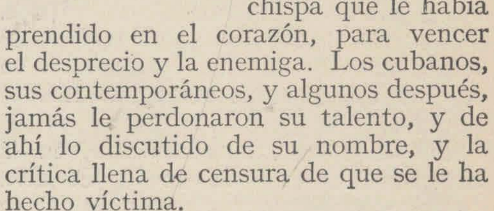
La misma crítica española, tan severa al juzgar a los cubanos en sus manifestaciones artísticas y literarias, concede a Heredia el título de poeta... concesión que ya le habían hecho otros países.

GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDÉS

(*Plácido*)

Si nos atenemos al tipo clásico o académico del poeta, según los preceptos del autor latino y según los dictados de la poética preceptiva, Gabriel de la Concepción Valdés (*Plácido*) no lo es.

Además, llevaba encima el oprobio de la raza negra (todavía esclava por esa época, en Cuba) mezclada con el deshonor de la raza blanca. Las preocupaciones de su tiempo tenían como estigma infamante la mezcla de esas razas, y Plácido, mulato, era hijo de una danzarina burgalesa, española, blanca, y un mulato emancipado, peinetero. Esas dos circunstancias le hacían desestimable, y ni siquiera fué bastante la divina chispa que le había prendido en el corazón, para vencer el desprecio y la enemiga. Los cubanos, sus contemporáneos, y algunos después, jamás le perdonaron su talento, y de ahí lo discutido de su nombre, y la crítica llena de censura de que se le ha hecho víctima.



Es innegable que sus versos no siempre, o casi nunca, son correctos; es verdad que nunca pudo ser el poeta viril, y que se resentía de un sometimiento, sin duda hijo de su atavismo de esclavo; pero no se le pueden negar la dulzura de sus versos, la encantadora melancolía de sus ideas, y más de una vez la fluidez de su verso, de gran sabor

popular, reflejo de la naturaleza y el sentimiento cubanos.

No le podemos considerar en su valor absoluto, porque, apreciado en éste, no se le puede reputar como gran poeta. Pero considerado en su valor relativo, tiene un puesto notable en el parnaso cubano. Pobre, sin elementos de educación, dedicado al oficio de su padre, que no tenía, por cierto, nada de arte liberal, se formó solo, solo adquirió la poca cultura de que pudo hacerse, y su poesía, espontánea y sencilla, era hija de su talento natural, de su estro gracioso, pródigo en la rima, armonioso en el ritmo.

Nació en la Habana en 1809, once años antes de que se aboliese la trata de esclavos (1820), de modo que vino a la vida cuando su raza era infamada e infamante, y llevó este sello condenatorio hasta la muerte, porque por él murió.

Fué alumno, en primera enseñanza, de los padres Belemitas, « donde se enseñaba lectura, escritura, nociones de aritmética, religión, y nada más ».

Como un Oliverio Twist, rodó, víctima de su infortunio, y fué aprendiz de carpintero y de peinetero; mulato, pobre, y expósito (había sido puesto en el torno de la Real Casa de Beneficencia y Maternidad de la Habana), no podía aspirar a otras orientaciones. Peregrino por su propia tierra, recorrió casi toda la Isla; sufrió prisión en Trinidad, y se estableció definitivamente en Matanzas. Periodista, bardo del pueblo, « cantador », como se dice en Cuba, hábil en su oficio, se hizo extremadamente popular.

Envuelto, real o falsamente, en la conspiración llamada de la *Escalera* (porque a los supuestos complicados en ella se les ponía sobre una escalera para atormentarlos y arrancarles confesiones), el teniente general don Leopoldo O'Donnell y Jorris (conde de Lucena) le hizo subir al cadalso en Junio de 1844, a los treinta y cinco años de edad.

Fué el tipo de los poetas cubanos, no tanto por el asunto de sus composiciones como por lo marcado de las dos tendencias nacionales: el erotismo melancólico y apasionado, y el patriotismo lastimero y rebelde.

Nadie en Cuba ha ostentado tan envidiables facultades como él para el cultivo de la poesía, si bien es preciso reconocer que su triste condición malogró la parte más hermosa de su cosecha. Hubiera sido sin duda el romancero cubano, si las persecuciones de su época, el temor y las exigencias de la vida real, no se lo hubiesen impedido.

JULIÁN DEL CASAL

Sólo vivió veintiocho años (1863–1891) y, sin embargo, su labor poética marcó en Cuba la tendencia, poco más o menos mantenida, de los poetas contemporáneos, en quienes el tono patriótico ha cedido, encaminándose más a la lírica pura modernista.

Como todos los predestinados a una muerte prematura, cuya causa recóndita está sin duda en lesiones o insuficiencias orgánicas, era un romántico, un misántropo, un melancólico, pero con gran talento.

Supo aunar en sus ideas y en sus versos de tal manera la escuela antigua con la tendencia nueva, que puede llamársele, con exactitud, el tipo de transición del clasicismo al decadentismo, que amalgamó, sentimental y brillantemente.

Pudiera afirmarse, también, que fué el poeta de su pesadumbre, tema de casi todo lo que ha escrito.

Huérfano, enfermo, agobiado por sus prematuras, tal vez innatas, decepciones, cantó a su madre con unción celestial, y cantó sus penas con amarga decepción. El soneto *A mi Madre* es un monumento.

Casal murió repentinamente, en la Habana, el 21 de Octubre de 1891; y un grupo de amigos y admiradores, periodistas, literatos y poetas, acude cada año, en el aniversario de su muerte, a rendirle homenaje de duelo, a la tumba en que yacen sus despojos. Ningún otro poeta cubano arraigó tanto en el sentimiento de sus conciudadanos.

OTROS CUBANOS NOTABLES

No son los que hemos citado los únicos hombres notables de Cuba, de fama mundial, por uno u otro motivo; ni están todos muertos, como los que hemos reseñado.

Tanto de los fenecidos como de los que aun viven, quedan por mencionar sabios, estadistas, médicos, jurisconsultos, literatos, periodistas, poetas, artistas, etc., todos ellos capaces de enaltecer a su país, y hacer que las demás naciones reconozcan que esta Isla puede figurar en el concierto de los pueblos más adelantados.

Y, además, no sólo hoy, sino hasta en los tiempos en que en todo el mundo la mujer yacía en un estado secundario de instrucción, cuando el saber leer y escribir era en ellas un defecto capaz de malearles su porvenir, ya tenía Cuba grandes poetisas, entre ellas Gertrudis Gómez de Avellaneda y Luisa Pérez de Zambrana; y, en estos últimos tiempos, la infortunada Mercedes Matamoros, Aurelia Castillo, Dulce María Borrero, y algunas más.

Entre los hombres de Cuba actualmente conocidos en la Europa y la América científica, están los doctores Finlay y de la Torre. El primero ha podido, con su ciencia y su dedicación al estudio observador, quitar a Cuba, en obsequio de ella y de los inmigrados, el gran azote de la fiebre amarilla, que los diezmaba. Hace poco rindió su cuerpo a la Naturaleza; y tanto su patria como los Estados Unidos le lloran. El segundo es un notable naturalista, cuya obra más conocida, si bien no la única valiosa y ni siquiera su mejor título, es su paciente, completa, notable y sabia colección concológica. Actualmente es catedrático de Biología en la Universidad Nacional. Es un digno sucesor de don Felipe Poey, quien le llamaba « sabio », teniéndolo aún por discípulo.

La nueva era de progreso en que felizmente ha entrado este privilegiado país (privilegiado por su naturaleza y por sus hombres), es una promesa de futuros días de verdadera prosperidad y gloria.

